

TRES NOTAS SOBRE CINTIO VITIER

UNA MEDITACIÓN FÚNEBRE

I.

La muerte de Cintio Vitier traslada a una escena de duelo las dudas de toda mi generación (o casi) sobre la herencia del grupo *Orígenes*. Marca, sin duda, el final de algo, y es probable que su velorio venga a engrosar la mistificación que comenzó en la década de los noventa, cuando Vitier aceptó convertirse en el nuevo ideólogo —o padre fundador— de la política cultural preconizada por dos ministros: Armando Hart, primero, y Abel Prieto, después.

Por supuesto, cualquier conocedor de la cultura cubana no puede dejar de sentir una sensación de orfandad. Vitier fue el último de nuestros grandes críticos literarios, y su obra, como la de Lezama o Piñera, es una referencia indispensable en el siglo xx cubano. Pero está el otro Vitier, ese predicador en que se convirtió durante los últimos años de su vida, empeñado en hablar de un país que cada vez comprendía menos, tratando de dar sentido a los restos de nuestro fracaso político.

No se trata sólo de la mentira (desde la falsificación biográfica hasta la mitologización política), de esa muy criticada *vulgata* para tiempos de reafirmación patrioter, de la emoción con que uno de nuestros más grandes intelectuales definía una dictadura como el advenimiento del Ser encarnado («Tampoco puedes renunciar a los momentos, como fue aquel de enero de 1959, en que el Ser asoma. Sencillamente asoma, no se establece, pero asoma. Y es una compañía muy grata. Es algo que se siente, que no puede convertirse en dogma, en doctrina; y que lo siente el letrado y el iletrado»); de su cómoda condición de nuevo intelectual orgánico, iluminado por el *revival* del nacionalismo mesiánico.

Es algo más profundo, que tiene que ver con la disyuntiva del intelectual ante una realidad miserable que lo obliga a suspirar por un bistec o a pasar las tardes en una famosa *paladar* –intervenida. No querer ver esa realidad. Escapar por la vía de la sublimación patriótica. Y convertirse entonces en el solícito cortesano ideológico de un régimen en crisis, que veinte años antes había marginado el mismo cuerpo doctrinal que Vitier proponía para sustituir un marxismo defasado.

La muerte de Cintio Vitier debería ser el comienzo del fin de las manipulaciones de la memoria cubana. Cuando acabe ese proceso, seguirá ocupando un lugar. Pero nada peor que consagrar en ceremonias y honras fúnebres lo nefasto de su herencia y olvidar sus verdaderas virtudes. Para rescatar al intelectual y enterrar al converso lo primero es leer a Vitier.

II.

Debemos a la imaginería de la naciente República esa ambigua representación de la Isla en femenino: de un lado esa mujer sensual que se exhibe en algunas marquillas de tabacos, la Patria como una dama voluptuosa, envuelta con desenfado en su túnica romana y tocada con un coqueto gorro frigio. Del otro lado, una matrona adusta, la protagonista del duelo cubano, ese fantasma que en algunos poemas de Martí o en ciertos párrafos de Lezama se emparenta a la Parca. Jano patriótico, esta diosa ambivalente hace esporádicas, pero interesantes apariciones en nuestro imaginario poético.

Por ejemplo, en Vitier. La *Dama Pobreza* que da título a uno de sus libros de poesía es una traducción criolla de la *Madonna Povertà* de San Francisco de Asís. Tal vez sea también una alusión al gineceo que Martí consagró en sus peripecias poéticas y patrióticas. Del misticismo martiano, de su traje negro y raído, del anillo hecho con su grillete, Vitier dedujo una filosofía de la pobreza, traducida

«poéticamente» como una reducción intencional de los recursos y los sentidos, una especie de conservadurismo poético.

Un conservadurismo que no puede ser juzgado simplemente como «católico». Vitier siempre se ha vanagloriado de que *Orígenes* vinculó venturosamente paganismo y cristianismo. En su *Poética* está la clave de esa conversión: una lectura agustiniana de la Mnemósine griega. Para el católico Vitier, el paganismo poético está obligado a ser la antesala de la gracia, un chispazo que ilumina, como el fanal virgiliano, la noche oscura de los místicos. Esa mística insular ha dejado algunos poemas memorables: «Oración y meditación de la noche», de Ángel Gaztelu; «San Juan de Patmos ante la Puerta Latina», de Lezama; «Saúl sobre su espada», de Gastón Baquero; «Transfiguración de Jesús en el Monte», de Fina García Marruz... en los que una catolicidad abierta e incorporativa (San Juan, Vallejo, Du Bos, Pascal, Chesterton, Milosz) encuentra su expresión más concentrada.

También en *Dama pobreza* se puede comprobar la distancia que separa a Vitier de la vanguardia y su particular lectura del Siglo de Oro español. Hay incluso dos poemas confesadamente conservadores, sin duda, los menos logrados del libro por su afán declarativo: «Películas, rock» («Mirémonos mirando una bandita / de falsos delincuentes, falso harapo: / su arte consiste en no tenerlo, chillan / los aparatos de impotencia fría / entre el humo infernal de pacotilla, / como audio nos usan, nos escupen»). y «Repaso de las formas», donde se repite el gesto compilatorio de Julián del Casal, pero con la intención opuesta, despojado de la afición modernista por la novedad: «De la pintura las Meninas bastan, / su genio giratorio ha compilado/ talleres de hilanderas a los pies / de los dioses, y Dios las acompaña / invisible, pintado en otra tela. / Mi Museo ideal aquí termina / donde empieza la música y Watteau / me mira serio levitando Gilles / en un libro de estampas polvoriento».

Dama pobreza basta para entender que lo único que une a Vitier con la tradición poética contemporánea es su admiración por Rimbaud, a quien ha traducido bastante bien. Lo «rimbaudiano»

según Vitier es la suma del revolucionario y el vidente, una mística moderna. Pero la lectura «revolucionaria» que Cintio hace de Rimbaud (en la que pesa demasiado el Rimbaud-Cristo de Jacques Rivière) difiere de aquella que hizo Lezama, en la que describe a Rimbaud como un descendiente de los ectipos, «hombres fuera de clase y pertenecientes a los periodos previos al estado, al periodo de los cazadores y los raptos, de las migraciones y del goce sensual de los metales y las pieles...». Rimbaud –como Villon o como el nietzscheano príncipe Vogelfrei– sería para Lezama un nómada radical que gustaba de perderse «en el azar de las grandes extensiones». «Hoy el poeta –escribe Lezama en 1959– para alegar su pertenencia a una clase, su huida del estado y su regalía del nomadismo tiene que formar otra clase sagrada, ir más allá del estado».

III.

Cintio Vitier no consiguió ir más allá del Estado. Toda su obra reciente tiene la desagradable carga de la santurronería y la falsificación. En los últimos tiempos lo mismo le mandaba un mensaje a Fidel Castro alabando su «extraordinaria obra cultural y educativa» que dedicaba una serie de sonetos a los Cinco Espías. Firmaba cualquier carta que le mandara la UNEAC. Ignoraba a sus viejos amigos, se ignoraba a sí mismo y su pasado de ostracismo. El resultado es una necrológica oficial donde consta que «entregó su talento y su voz a los nuevos tiempos de la patria».

Siempre gozó de crédito, no sólo por su profunda erudición en asuntos cubanos, sino por su habilidad para evitar asuntos escabrosos. Pero hizo declaraciones lamentables sobre la realidad que padecían –y padecen– los cubanos. En algún momento debe haber vislumbrado que el camino de la duda y la crítica no lo conduciría más allá del escolio literario. Un *origenista* no podía resignarse a entrar en el canon como un simple crítico literario. Así que se dedicó

a venerar la Poesía y a dar forma a una suerte de teleología nacionalista que acabó sirviendo de material para círculos de estudio.

Sin embargo, la influencia intelectual de Vitier se ha debilitado en los últimos años. Hay numerosos episodios del «ajuste de cuentas» de los nuevos críticos cubanos, más o menos descarnados, pero, a mi juicio, más interesantes que la veneración indiferente que se le ha dedicado en los salones de la isla, donde sus escasos discípulos incurrían a menudo en la ñoñería y la ridiculez de asumir como propio un conservadurismo prestado. La «isla infinita» convertida en el telón que oculta la isla real.

No puede decirse que Vitier sea completamente ajeno a este destino. Lo más triste que puede hacer un crítico literario es renunciar a su condición, humillarse ante la historia, marginar la literatura dándole un papel ancilar, renunciar a sus dotes para confiar su trabajo a otros actores. Por miedo o por convicción, eso fue lo que hizo Cintio Vitier. En una encuesta de *La Gaceta de Cuba* (julio de 1969), recogida luego en *Crítica cubana*, cuando se le pregunta por la crítica en Cuba, Vitier afirma que en la isla «buena parte de la creación producida desde el 59 se resuelve en crítica del pasado y que el proceso revolucionario (incluso respecto de sí mismo) es de esencia crítica». Para cerrar luego con una frase que suena como su terrible y verdadera necrológica como intelectual: «Sumidos vitalmente en ella, es natural que la crítica exclusivamente literaria o artística pase a un segundo plano».

2 de octubre de 2009

VITIER, MARX Y LA HISTORIA DE HANS ROCKLE

Entre las mistificaciones más burdas de la historia literaria cubana tenemos la que convierte a Cintio Vitier en un partidario de la llamada Teología de la Liberación. El propio escritor se ha encargado de alimentarla: citas de Ernesto Cardenal y Frei Betto, teoría de la «pobreza irradiante», turismo revolucionario en Solentiname... Pero en realidad, lo que Vitier defiende en la Revolución cubana es el meollo reaccionario que se corresponde con su mentalidad de teólogo frustrado.

Una de las cosas que Vitier no le contó a Cardenal (y sí a Thomas Merton) es la historia de su «Glosa a las aventuras de Hans Rockle». Escrito en febrero de 1964, este largo poema puede ser interpretado como un manifiesto de fe católica y crítica antimarxista, lo cual explica que su autor lo haya diseminado entre sus antiguos compañeros de fe y de letras –entre ellos, Eugenio Florit, en cuyo archivo encontré una copia mecanografiada.

Todo el poema gira sobre una anécdota contada por Eleonora Marx, en sus *Recuerdos de Marx y Engels*, escritos poco antes de suicidarse con ácido prúsico. El Moro, como llamaban sus hijos al padre del marxismo (por eso en el poema aparece como «el viejo Mohr»), acostumbraba a contarles la historia de un tal Hans Rockle, un mago que a pesar de poseer una tienda maravillosa llena de juguetes extraordinarios, andaba siempre sin un centavo y al borde de la ruina. Para saldar sus deudas, no le quedó más remedio que vender al Diablo sus criaturas que, sin embargo, regresaban de nuevo a su tienda tras correr interminables y divertidas aventuras, guiados por una suerte de mecanismo invisible e inagotable.

La historia fascinaba y asustaba en igual proporción a los hijos pequeños de Marx. Es poco probable que la hayan interpretado como una fábula sobre el materialismo histórico o como metáfora sobre la verdadera naturaleza de la mercancía –lecturas posibles, que tal vez alentasen la versión política de la fábula.

Pero es raro, dice Vitier, todo este asunto de un marxista contando cuentos de hadas a sus niños mientras pasea por las calles y los parques de Londres: «Pensadlo bien, no es un contador indiferente, / ya que de su maciza cabezota estaba saliendo / la revolución contra los dioses». Y pasa enseguida a citar las famosas diatribas de Marx en su *Prefacio a la tesis «La diferencia entre la filosofía natural de Demócrito y la filosofía natural de Epicuro»*:

Porque él adoptó el lema de Prometeo:
«En verdad a todos los dioses odio».
Porque él en verdad estaba haciendo la revolución
«contra todos los dioses,
celestiales y terrenales,
que no reconocen la conciencia que tiene el hombre
de ser la divinidad suprema»,
según dijo.

Prometeo es aquí uno de los múltiples nombres del Maligno. Es probable que el poeta cubano hubiera leído la famosa biografía de Robert Payne, donde se citan algunos alucinantes textos del joven Marx, como los titulados *Oulanem* o *El Violinista*. («Oulanem» literalmente significa Anticristo (anagrama con las letras de Manuelo —el Salvador, el Cristo). En cualquier caso, al ultramontano Vitier de mediados de los sesenta no le habrían gustado demasiado estrofas como esta:

Mira esta espada: me la vendió el Príncipe de las Tinieblas,
porque él marca el tiempo y traza los signos.
Con furia creciente toco la danza de la muerte...

O bien:

¡Destruído! ¡Destruído! ¡Mi tiempo ha terminado! *****
Pronto estrecharé a la eternidad en mis brazos y pronto proferiré
gigantescas maldiciones contra la humanidad. ¡Ah! ¡La eternidad! Es

nuestro eterno dolor, indescriptible e inconmensurable muerte, vil artificialidad para burlarnos a nosotros [...]

Destrozaré con permanentes maldiciones, el Mundo que se interpone entre mí y el Abismo. Rodearé con mis brazos su dura realidad: Al abrazarme, el mundo morirá sin un quejido, y se hundirá en la nada más absoluta. Muerto, sin existencia... ¡eso sería realmente vivir! [...]

Cierto que no es cuestión de juzgar al filósofo del proletariado por su cuento de hadas o unos desvaríos baudelaireanos escritos a los diecioch años. Pero, como sabemos, estos impulsos no se quedaron en el papel. Incluso hay todo un libro de Richard Wurmbrand dedicado al satanismo de Marx. Robert Payne ha escrito que es prácticamente imposible no ver en Hans Rockle al propio Marx. Algo semejante concluye Vitier cuando afirma:

Si el Diablo quería esas imágenes
es porque representaban otras tantas almas vivas.
Si Hans Rockle se las daba una a una,
para seguir viviendo,
es porque tenía con él secreto pacto.
Si las imágenes volvían a su tienda
es porque Hans Rockle había vendido su alma
a cambio de la magia de poseer
las imágenes materiales de todas las cosas.

Parece difícil colocar esta crítica del pacto fáustico que supone el marxismo dentro de la teoría que se empeña en buscar puntos de conexión entre el mensaje de puro amor de Jesucristo y la doctrina marxista. Una crítica católica de Marx, como bien sospechaba Vitier antes de ejercer de ideólogo nacionalista, también podía usar las razones de la demonología. Y al final, eso es este poema: una crítica radical del marxismo como pesadilla hoffmaniana sobre unas criaturas sin alma que siempre regresan a su Creador.

ANEXO: UN POEMA DE CINTIO VITIER

Glosa a las aventuras de Hans Rockle

En cuanto a mí –dice Eleonora Marx en sus *Recuerdos*–, de todas las innumerables y maravillosas historias que me contaba Mohr, la que más me gustaba era la historia de Hans Rockle. Es raro que nadie se haya ocupado de escribir estas historias llenas de poesía, de espíritu y de humor...

Sin duda es raro.
Más raro, aún, todo el asunto.
Cierto que eran pasatiempos; pero un juego
que duraba «meses y meses»,
con la coherencia de un solo relato,
es algo que exige una extraña, secreta energía.
Quisiera oír el timbre
de las risas, ver las ropas, el brillo de los ojos.
Siendo esto imposible, me pregunto:
¿tal vez la fantasía y la ternura
iluminan el socavón de su trabajo,
como el sueño vinculado a la vigilia?
Lo cóncavo ajusta en lo convexo.
Si Mohr salía de la estructura y la superestructura
para entrar, con su hija, en las historias de Hans Rockle,
algo sabía Hans Rocle de Mohr
que Mohr no sabía de sí mismo.
Sus historias venían del cuento original.
Los narradores son indiferentes,
como es indiferente que escriban o no escriban:
el cuento prosigue ramificándose como un árbol
que es siempre el mismo y distinto.
Pero este contador, paseando con su hija
por las calles y los parques de Londres,
llenos de olores y colores sepultados con ellos,
pensadlo bien, no es un contador indiferente,

ya que de su maciza cabezota estaba saliendo
la revolución contra los dioses.
Porque él adoptó el lema de Prometeo:
«En verdad a todos los dioses odio».
Porque él en verdad estaba haciendo la revolución
«contra todos los dioses,
celestiales y terrenales,
que no reconocen la conciencia que tiene el hombre
de ser la divinidad suprema»,
según dijo.
De la batalla que él había entablado
contra todos los dioses
¿Qué sabía Hans Rockle,
saliendo de su sueño, en la cálida voz paternal,
frente a los ojos maravillados de la niña?

Hans Rockle –sigue diciendo Eleanora en su *Recuerdos*– era un mago a lo Hoffman, con una tienda de juguetes y ningún dinero en la bolsa. En su tienda se encontraban los objetos más extraordinarios: hombres y mujeres de madera, gigantes y enanos, reyes y reinas, maestros y operarios, cuadrúpedos y aves tan numerosos como en el arca de Noé, mesas y sillas, equipajes y cajas grandes y chicas. Aunque fuese un mago, Hans jamás podía pagar sus deudas ni al diablo ni al carnicero, y por eso tuvo que vender al diablo todas sus cosas una por una. Después de muchas, muchísimas aventuras y *quid pro quos*, todas las cosas volvían siempre a la tienda de Hans Rockle.

Un mago hoffmaniano
en su fantástica juguetería
no tiene escapatoria:
es un hijo impulsivo de los sueños.
¿Qué mensaje nos trae
con su gorro puntiagudo?
Lástima que el viejo Jung

no le arreglase las cuentas al viejo Mohr.
En todo caso, el simpático Hans Rockle
es bastante elocuente para un simple aficionado.
El viejo Mohr soñaba con una fuerza
capaz de poseer todas las cosas
convertidas en simulacros;
y capaz de engañar al Diablo,
aunque estando siempre en deuda con él.
Si el Diablo quería esas imágenes
es porque representaban otras tantas almas vivas.
Si Hans Rockle se las daba una a una,
para seguir viviendo,
es porque tenía con él secreto pacto.
Si las imágenes volvían a su tienda
es porque Hans Rockle había vendido su alma
a cambio de la magia de poseer
las imágenes materiales de todas las cosas.
¿Qué tenía el mago en su almacén?
Antes que nada, «hombres y mujeres de madera».
Recordemos al quiché: «Y al instante fueron hechos
los muñecos labrados en madera.
Se parecían al hombre, hablaban como el hombre
y poblaron la superficie de la tierra.
Existieron y se multiplicaron;
tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de palo;
pero no tenían alma, ni entendimiento,
no se acordaban de su Creador, de su Formador».
¿Qué habían de acordarse –eh, Hans?
El Diluvio, dice el quiché, los aniquiló.
Por eso el mago también tenía
«cuadrúpedos y aves tan numerosos
como el arca de Noé».
Sólo que no estaban vivos como en el Arca,
ni suponían ninguna salvación,
sino el encadenamiento de todas las cosas
al juego pavoroso del mago y el Diablo.
El buen Mohr inventaba las historias

para divertir a la niña. La niña crecía.
El tiempo cruzaba como el chal de un hada.
Por la noche, diminuto, burlón, fosforescente,
Hans Rockle se asomaba a curiosear
las gigantescas páginas que había escrito el viejo Mohr.

Algunas de tales aventuras –termina Eleonora en sus
Recuerdos– daban frío y ponían los pelos de punta;
otras eran cómicas.

(Nota final del glosador: Exactamente
así es).

La Habana, 13 de febrero de 1964¹

¹ El poema reproducido aquí pertenece a la papelería inédita de Eugenio Florit, conservada por la Cuban Heritage Collection en la biblioteca Otto G. Richter de la University of Miami. Se han corregido sólo algunas erratas evidentes de mecanografía.

UN VIAJE FRUSTRADO

Septiembre de 1959 encuentra a Cintio Vitier dirigiendo el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad Central de Las Villas. Entre la correspondencia oficial que establece a la sombra de dicho cargo destaca una carta modelo a Eugenio Florit, con sello y estilo oficiales, a la cual el firmante agrega unas líneas cálidas y manuscritas, para agradecer un artículo enviado a la *Nueva Revista Cubana*.

A diferencia de lo que sucede con Lezama, la amistad entre Florit y Vitier fue siempre fluida desde aquellos días en que Vitier era «Cynthio». En 1950, el primero escribió una elogiosa reseña de la polémica antología *Diez poetas cubanos* (en la que, sin embargo, hacía notar la ausencia de Samuel Feijóo), y en la década de los cincuenta venció sus reticencias y acabó por colaborar varias veces con *Orígenes*.

No sorprende entonces que a mediados de 1961 Vitier acuda a Florit pidiéndole usar sus influencias en Nueva York para conseguirle un curso que le permita residir temporalmente en Estados Unidos. La correspondencia entre Florit y las autoridades de Columbia University no deja lugar a dudas sobre la diligencia con que el primero hizo las gestiones solicitadas. Ya el 2 de julio de 1961, unos meses después de Playa Girón, Vitier agradece las gestiones de su amigo y le detalla las dificultades para obtener la visa norteamericana, lo cual sólo puede hacerse viajando primero a México (véase Anexo 1).

A la larga lista de trámites y el pedido de un adelanto en dólares que le permita comprar el pasaje de avión, le sigue la queja, apenas disimulada, del mal trance por el que está pasando: «Esto es, querido Florit, como decimos aquí, “el cuadro”. Lo que está dentro del cuadro ¿para qué describirlo?».

A finales de julio sale de Cuba el escritor Carlos M. Luis con su esposa y sus dos hijos. Lleva una carta de recomendación que Vitier

le ha dado para el poeta de Park Avenue, la primera de muchas cartas y pedidos cubanos de ayuda que recibirá Florit a lo largo de los próximos treinta años.

El 7 de agosto de 1961 Vitier escribe a Florit (véase Anexo 2) desde el Hotel Coliseo, en México D. F., mientras espera una carta para la Embajada de Estados Unidos en México y un contrato como profesor invitado en Columbia University. La carta lleva también una queja («he llegado a esta ciudad sin un centavo»), la mención a la generosidad de otro exiliado (Alfredo Sánchez Veloso, el dueño de las librerías Económica y Contemporánea, de las que los originistas eran visitantes habituales), el doloroso recuerdo de la lejanía de su familia y la solicitud de un anticipo de 600 dólares que lo ayude a salir de tan angustiosa situación.

El 16 de agosto, sin embargo, Vitier cancela su proyecto de estancia y escribe una carta de justificación a Florit que tiene, en mi opinión, una gran importancia documental:

Estando ya en México y después de escribirle al Sr. Tudisco y a usted, he sabido por varios conductos y he llegado al absoluto convencimiento de que, si hago efectiva mi aceptación, el retorno a Cuba es imposible mientras dure el régimen actual —y no hay elementos de juicio para suponer un rápido y decoroso fin de la tragedia cubana. Esto significaría desgarrar a parte de mi familia de su país por un tiempo indefinido, que bien podría ser toda la vida, a más de arriesgar a mi madre a perder lo poco que le queda, incluyendo la biblioteca de mi padre. Sé que miles de cubanos han aceptado este destino; yo no puedo resignarme a él, aunque la otra alternativa, se lo aseguro, no es menos terrible.

La carta (Anexo 3) habla por sí sola. No debió haber llegado a nosotros, pues el propio Vitier pide a su amigo que la rompa después de leerla. Florit desobedeció el pedido: tal vez prefería que quedara como testimonio fehaciente de sus buenos oficios. La correspondencia y la amistad entre ambos poetas sobrevivió, sin embargo, a este viaje frustrado y generó incluso un par de poemas de Fina y

Cintio. En esa correspondencia las quejas de aislamiento por parte de los origenistas se prolongarán, al menos, hasta mediados de los sesenta. Después de 1968, la correspondencia se enfría, a tono con la paulatina conversión revolucionaria del poeta católico.

Mucho han cambiado las posiciones políticas de Vitier, pero no recuerdo ningún pasaje de sus memorias –o de ningún otro ensayo cubano– donde se mencionen los detalles de este viaje frustrado. Que quede aquí constancia de que los hombres son tan cambiantes como sus circunstancias; de que el exiliado contra el que hablamos hoy bien puede ser el mismo que nos tendió la mano ayer; de que la tragedia cubana que se anunciaba hace cuarenta años pudiera no haber terminado todavía.

ANEXOS: TRES CARTAS INÉDITAS DE CINTIO VITIER

La Habana, 2 de julio de 1961.

Querido amigo Florit:

Gran alegría me ha dado su carta, no sólo por la proposición que me hace, sino por la compañía de su voz, que nos llega cuando más la necesitamos.

En cuanto a la proposición, muy agradecido y honrado, la acepto en principio. Necesito saber con la mayor exactitud posible: a) fechas de comienzo y fin del cursillo de otoño; b) cuál es el asunto que debo desarrollar; c) si se trata de conferencias, clases o seminarios, y cuál sería su número total; d) sueldo líquido efectivo al mes (descontando el "tax"). (Mi inglés está bastante oxidado y maltrecho, pero puedo mejorarlo: partiendo siempre de la base de que se trata de clases en español para alumnos que ya lo saben.)

Por otra parte, las dificultades a vencer son las siguientes: 1) No tengo visa para Estados Unidos y aquí, desde luego, es imposible obtenerla. La Universidad de Los Angeles, que me hizo una oferta parecida hace meses (y entonces no pude aceptarla), me facilitó la siguiente solución: enviar una carta, firmada por el Decano de la Facultad, a la Embajada de E. U. en México, país al que yo tendría que viajar previamente: allí obtendría la visa. Si no hay otra solución más sencilla y directa, ésta podría mantenerse. 2) La otra dificultad es que, según las nuevas disposiciones, el importe del pasaje, ida y vuelta, tiene que ser girado en dólares, a nombre del viajero, desde los E. U. Quiere decir que tendría usted que anticiparme esa cantidad. Desde luego que me gustaría ir con Fina y mis dos hijos, pero si el anticipo de los cuatro pasajes resulta imposible, iría solo primero y más tarde los traería, o más bien los llevaría, conmigo.

Este es, querido Florit, como decimos aquí, "el cuadro". Lo que está dentro del cuadro ¿para qué describirlo? Espero sus prontas noticias, pues aquí hay que gestionarlo todo con mucha anticipación. Y lo abraza, conmovido, su amigo

Cintio Vitier.

Figueroa 358,
Ppto. Mendoza,
La Habana.

Anexo I: Carta de Cintio Vitier a Eugenio Florit (2 de julio de 1961).

México, 7 de agosto de 1961.

Mi querido Florit:

Como usted ve, ya estoy en México. Acabo de escribirle al Sr. Anthony Tuedies aceptando la oferta que, a nombre del Dr. Shearer, me hizo en carta de 20 de julio ppdo. Le pido que envíe en seguida la carta para la Embajada de Estados Unidos en México y el contrato que debo firmar. Le explico también que he llegado a esta ciudad sin un centavo (el editor y librero Alberto Sánchez Veloz me ayuda a sobrevivir) y que mi mujer y los niños están todavía en Cuba. En estas circunstancias, y como el contrato, según la carta de Tuedies, empieza a surtir efectos desde el 1º de julio, sugiero la posibilidad de que se me gire el sueldo de los dos primeros meses para poder traer a Finca y los niños (lo que sólo es factible con dólares) y dirigírnos juntos a New York antes del 15 de septiembre. Si esto no puede hacerse, no me queda otra alternativa que pedirle a usted me anticipa la cantidad necesaria (unos 600 dólares). Imagínee usted la situación tan angustiosa, en que me encuentro, sin dinero, y con Finca y los niños del otro lado. Por lo demás, si la otra solución es po-

z.
sible, le ruego me garantice plenamente en el sentido de que, en caso de que la Universidad me gire los meldos de julio y agosto, no hay el menor peligro de que vaya a fallarles.

Estoy actualmente en el Hotel "Colinas", Polivar 28, México D. F. Puede también escribirme a cargo de Julián Orboán, Reforma 157, Apts. 306.

Espero, amigo Florit, que se ponga en contacto con el Sr. Tardisco o la persona indicada, y contéte rápidamente a su desesperado amigo

Cintio Vitier.

P. S. En todo documento oficial mi nombre debe escribirse "Cynthio", ya que así aparece en el pasaporte.

México, 16 de agosto de 1961.

Querido Florit:

Todo mi proyecto de aceptar la generosa invitación que usted me propició, se basaba en la posibilidad de obtener permiso o licencia en Cuba por un año. No me atreví, sin embargo, a gestionarlo allá, temiendo que pudieseran obstáculos a mi salida (que era de todos modos necesaria para la edición de Martí que preparamos aquí). Estando ya en México, y después de escribirle al Sr. Tudisco y a usted, he sabido por varios conductos y he llegado al absoluto convencimiento de que, si hago efectiva mi aceptación, el retorno a Cuba es imposible mientras dure el régimen actual - y no hay elementos de juicio para imponer un rápido y decoroso fin de la tragedia cubana. Esto se quiéferaría desquarrar a parte de mi familia de su país por un tiempo indefinido, que bien podría ser toda la vida, a más de arriesgar a mi madre a perder lo poco que le queda, incluyendo la biblioteca de mi padre. Sé que miles de cubanos han aceptado este destino; yo no puedo resignarme a él, aunque la otra alternativa, se lo aseguro, no es menos terrible.

Espero que usted comprenda la mortal vacilación en que he vivido estos días y la gravedad de la decisión que he tomado, y

que, ponderándolas, me perdone y me haga
perdonar por sus amigos de la Universidad.
Son días tremendos. ¿Y cómo decirle cuanto
me ha conmovido el aprecio y la cariño-
sa voz de su última carta? Con Cristo nuestro
Señor le doy las gracias. Y no deje usted de
reservar por Fina y por mis hijos y por un
extrañable amigo

Cintio Vitier.

P. S. he mego que transmita el contenido de
esta carta al Sr. Tardío, haciéndole llegar
una vez más el testimonio de mi gratitud;
y que, después, la rompa. También me gustaría
recibir carta de usted en la Habana, para
estar seguro de que no se ha molestado con algo.
(Ernesto Cardenal me dijo: "usted debe dar testimonio en
Cuba.")